



Chiquita Barreto Burgos

▽△

▽△

De golpe y porrazo

Nicasio, Juan Francisco y Apolonio, nacieron la misma fecha del mismo año, en diferentes puntos de un mismo departamento. Se conocieron orillando los treinta años.

Emigraron tiempo atrás al país vecino por idénticos motivos: falta de trabajo.

Hasta que se encontraron cada uno por su lado estuvo haciendo el mismo oficio de albañil -la industria de la construcción era la que absorbía¹⁵ mayor cantidad de mano de obra no calificada, y especialmente la de migrantes indocumentados-. Se encontraron por primera vez en una farra, recién separados de sus respectivas esposas, se reconocieron y juraron como niños no separarse nunca: a los tres les gustaba las mismas pobres cosas.

Nicasio sabía pulsar la guitarra, la abrazaba como a una mujer amada y sacaba de sus entrañas acordes melancólicos; Juan Francisco aporreaba el acordeón con más placer que arte y Apolonio tenía una voz agradable.

Formaron un trío.

Por un tiempo fue común verlos animando cumpleaños y casamientos en las villas miserias. Se sentían grandes estrellas cuando eran solicitados a posar con novias cuyos

vestidos a la hora de la fotografía ya estaban tajeados por los desacostumbrados tacos o con niños llorosos porque les apretaba los zapatos nuevos.

Tiempos de gloria.

Decidieron volver al terruño y tentar suerte.

-74-

Cada uno compró un par de linda ropa según sus gustos y posibilidades, algún que otro regalo y regresaron como habían ido: con el mismo despacioso tren, y la cabeza llena de sueños.

Se pusieron de acuerdo en que cada uno iría a su pueblo por un mes a visitar a los parientes y gozar del cariño acrecentado por la ausencia, recordar el pasado, enseñar las coloridas fotografías y disfrutar el suspiro de algunas muchachas de mirada lánguidas.

Se reencontraron el día señalado y en el lugar previsto: la estación. Compartieron una cerveza tibia y un pollo medio crudo, mientras planeaban el futuro.

Alquilaron una casita en las afueras del pueblo, compraron algunos cachivaches indispensables, y el último dinero que les sobraba fue invertido en publicidad; un cartel grande que decía: TRÍO LOS AMIGOS, CONTRATAR AQUÍ; y cien tarjetas con la misma leyenda y la dirección.

Para lo que ellos ambicionaban les fue muy bien. Pagaban holgadamente el alquiler, comían y bebían y sobraba plata para el sueldo de la mujer que contrataron para las tareas domésticas.

Por un tiempo abundaron los contratos, que consistía en realidad en discutir un poco los precios según la distancia, el transporte y la cara del cliente, para cerrarlo con un apretón de mano, más seguro que cualquier papel escrito.

Eran muy queridos.

El recuerdo de las esposas se había diluido, eran figuras borrosas y lejanas y ya ni siquiera les quedaba la memoria de algo compartido.

-75-

Poco a poco las contrataciones mermaron, mientras el consumo de bebida iba en aumento y el cariño que se tenían rebasaba el cauce¹⁶ tranquilo de la ternura, para chapotear el agua espesa de la pasión.

Una noche en que estaban en un escenario improvisado de tablones y arpillera, borrachos como casi todos, se les acercó tambaleante un hombre y le pidió a Apolonio que cantara una canción.

-Ndo roicuai la nde pedido cuate. Ni en sueño ndo rohenduiva- contestó éste riendo entre hipos, coreado por sus amigos. El hombre se indignó por lo que consideró una burla, extrajo un revólver de su cintura y disparó la única bala con tan extrema puntería que le dio justo en el pecho.

Apolonio cayó muerto sin que se le apagara la sonrisa.

Juan Francisco y Nicasio sintieron en sus pechos el mismo ardor mordiéndole la vida y simultáneamente decidieron que el amigo más querido del difunto debía ir a buscar el cajón. Juan Francisco creyó que él era el indicado porque Apolonio sutilmente lo había preferido siempre; Nicasio replicó que el fallecido jamás había ocultado que él, Nicasio, era su amigo favorito.

La discusión fue subiendo de tono, hasta que en algún momento ambos estaban empuñando unos artísticos puñales -único recuerdo de un domingo en el mercado de pulgas de Buenos Aires, cuando estrenaban la ternura varonil recién descubierta, y compraron muertos de risa, lo que el vendedor, un viejo español les explicó que puñal viene de puño, y quiere decir lo que se maneja con él, además de un gemelo de plata para el amigo ausente-.

-76-

Seguían peleándose en cámara lenta sobre el escenario, y los puñales producían pequeños relámpagos en la luz incierta de cuatro «petromales» ante la mirada atónita de un público fantasmal, hasta que se apagaron los reflejos y ambos cayeron pesadamente abrazados y los finos relámpagos de convirtieron en lluvia espesa y roja.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

